

Mundo laboral ideologizado

Araceli Damián*

De acuerdo con diversos analistas, la reestructuración del capital (pérdida de empleos en el sector industrial y aumento en el de servicios) ocurrida en los años setenta provocó pérdidas masivas de empleos en el mundo desarrollado. La situación se vio agravada por la crisis financiera y la recesión económica de esos mismos años.

Las grandes empresas industriales argumentaron que no podían seguir pagando los altos costos de la mano de obra del primer mundo y, gracias a la flexibilización de los procesos productivos, al desarrollo de las telecomunicaciones y del transporte, las empresas manufactureras pudieron abandonar los países desarrollados para instalarse en los subdesarrollados con abundante mano de obra barata.

La instalación de plantas productivas en los países subdesarrollados se dio en un ambiente de chantaje, en el que las empresas aseguraban tener la posibilidad de ubicarse en otros lugares si los gobiernos no aceptaban sus condiciones y si los trabajadores, una vez operando las plantas, se organizaban para defender sus derechos.

Sintiéndose indefensos ante las nuevas exigencias de las empresas capitalistas y temerosos de que éstas buscaran localizaciones alternativas, los sindicatos de los países desarrollados abandonaron la defensa de los derechos de los trabajadores, convirtiéndose en débiles negociadores, dispuestos a ceder derechos a cambio de mantener el empleo. Pero ¿acaso continúan presentes las condiciones que permitieron domesticar de esa manera a los trabajadores y a los sindicatos?

De acuerdo con Kevin Doogan (Profesor de la School of Policy Studies de la Universidad de Bristol), el discurso apocalíptico sobre el mundo del trabajo sirve en la actualidad de instrumento ideológico para controlar a los trabajadores y hacerlos sentir indefensos ante la fuerza del gran capital. En su libro (que se publicará en enero del próximo año, *(New Capitalism? The Transformation of Work*, Cambridge, Polity Press) se plantea como objetivo analizar en qué medida

esas características identificadas por otros autores (como Beck, Castells y Bauman) como el “nuevo capitalismo” son ciertas, y si prevalecen en la actualidad. El libro (cuyo manuscrito amablemente me proporcionó su autor), seguramente causará polémica. En primer lugar, porque el trabajo, al no incluir lo que sucede en los países en desarrollo (y centrarse únicamente en lo que sucede en los países más desarrollados), pierde la posibilidad de hacer un balance más completo de lo que sucede en el mundo del trabajo.

Por otra parte, si bien en su trabajo incluye la evolución del empleo en el sector servicios y comercio (y no solamente se centra en lo que sucede en la industria manufacturera, como hace la mayoría de los que hablan del “nuevo capitalismo”), parece subestimar (hasta donde he leído) la precarización del empleo en los países desarrollados.

Doogan plantea que, dado que una minoría de la fuerza de trabajo está ligada a las necesidades inmediatas de la producción de bienes, y que es en este tipo de actividad donde se han dado los mayores cambios tecnológicos y la reestructuración corporativa, un porcentaje menor de la población en los países desarrollados se ve sujeta a “los caprichos” de las transnacionales.

En cambio sostiene que el empleo se ha mantenido y sigue creciendo en el sector servicios (en particular, salud y educación) y en el comercio. En lo que respecta a la educación y la salud, Doogan plantea que, además de emplear la mayor cantidad de personas en los países desarrollados, al estar relacionadas con la reproducción de la fuerza de trabajo, no están sujetas a los vaivenes de corto plazo, como lo está la manufactura. En ambos sectores predominan, todavía, las relaciones laborales de largo plazo. En cuanto al comercio y otro tipo de servicios, la prevalencia de empleos de medio tiempo no implica necesariamente una precariedad (aspecto éste que será debatido por otros especialistas del empleo).

Dado lo anterior, Doogan plantea que es falso que exista escasez de empleo y que se ha exagerado la movilidad del capital y el impacto del cambio tecnológico en el empleo. Sin embargo, sostiene que es muy conveniente para la narrativa neoliberal continuar con ese mismo discurso para permitir que las transnacionales sigan chantajeando a los gobiernos locales y hacer creer a los trabajadores que

están indefensos, motivándolos a acciones individualizadas de defensa de sus empleos.

Este discurso además ha servido para permitir que los gobiernos abandonen su obligación como agente participativo en la transformación del mercado laboral (al emplear a sectores amplios de la población e incidir en la generación y reestructuración del empleo) y como responsables de la seguridad social en sus países. Al respecto, Doogan enfatiza que el aumento en la inseguridad y precariedad laboral se debe a los cambios en los regímenes del estado de bienestar y a la merma de sistemas de protección al trabajador (programas de beneficio a los trabajadores y de retiro).

La izquierda en los países desarrollados (como la Nueva Izquierda del PRD en México) ha tomado como verdadera esta gran exageración, convirtiéndose en comparsa del neoliberalismo. Aunque controversiales, las conclusiones del libro parecen acertadas.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx